

TODO BAJO CONTROL

Ayrton Senna: *"Si en carrera lo tienes todo bajo control, es que no vas al límite"*.

Estoy persuadido por experiencia de que la mayor parte de las contrataciones de arquitectura no se organizan bien por una mera suma de pequeños detalles, que aúnan un poco de pereza, un mucho de desconocimiento y un cierto temor inconcreto a los arquitectos, a los que no se entiende en cuanto pretendemos alcanzar con nuestro trabajo una dimensión cultural. Dan miedo. Damos miedo.

Miedo, sí. Porque es mejor seguir haciendo las cosas como siempre, aunque sea mal, pero sin novedades que puedan obligar a pensar. Y así nos acostumbramos a vivir en un mundo mediocre donde puede que pocas cosas sean problemáticas, pero nada causa placer.

Es el mundo gris de quien teniendo en sus manos la promoción de una arquitectura que nos haga mejores, prefiere seguir cómodamente haciendo la misma mediocridad de siempre; total, no da problemas, aunque el mundo empeore, pero eso, ¿quién lo ve?

Otros demandamos algo muy sencillo: la oportunidad de pensar sobre un problema y presentar el resultado de nuestras preguntas. No garantiza el mejor resultado, pero sí garantiza un resultado mejor que el producto de la rutina. Que no es poco.

Pero no quiero escribir aquí sobre la gestión de concursos, ya lo he hecho demasiadas veces y sólo la experiencia debe bastar para acreditar razones a su favor.

Quiero escribir de la maravillosa puerta a la sorpresa que en potencia se abre detrás de cada concurso. De su poder para proyectar lo inesperado. En primer lugar, para quien concursa.

Todo concurso es antes que nada una gran promesa; todo es posible y con sólo leer su título hay algo indefinible que nos permite imaginar cualquier maravilla.

Y un aroma.

Hay concursos que huelen a madera, a hormigón, a verde, a agua... concursos que huelen a azul o a rojo, a horizontal o a vertical.

Los dados están lanzados.

Y parecería que todas las respuestas transitarán por un camino dado... todos tienden a imaginar algo, lo más lógico, dentro de los parámetros de lo previsible.

Pero siempre hay sorpresas. Por ejemplo, que al lanzarlos no sumen de dos a doce, sino quince, no se sabe cómo.

Mirémoslo desde el otro lado. Porque no todo está bajo control. Gracias a dios.

El riesgo es inherente al concursante. Proyectas sabiendo que te lanzas a una apuesta. Lo más probable es que nunca vayas a tener que construir aquello, pero es permanente la ilusión por hacerlo. Vas más allá de donde has ido nunca antes y la mente puede volar todo lo que se quiera... al fin y al cabo, qué poca probabilidad hay.

Por eso mismo puede ser tan importante para un arquitecto un concurso no ganado (lo siento, me resisto a decir perdido) como un edificio construido. Los concursos no ganados quedan ahí como experiencias de tentativa de límites, como experimentos puramente arquitectónicos, en que aún todo es posible, como caminos abiertos por donde transitar más adelante. Como el atleta para el que saltar una determinada altura en un entrenamiento privado no es menos importante que hacerlo en competición: haber llegado allí una vez es sospecha y esperanza de que alguna otra vez se podrá repetir delante de un público.

Encontrar una solución, descubrir un modo de hacer, una razón geométrica, un modelo de organización, una amalgama constructiva, es emocionante aun cuando aquello no se construya: marca nuestro nivel, ése que cada uno, en el fondo de su conciencia y a solas consigo mismo, sabe perfectamente cuál es.

Un concurso es la ocasión de enfrentarse a fantasmas, de explorar áreas en que sabemos que no nos sentimos cómodos, de ensayar modos de construcción que se nos han resistido, de mejorar constantemente nuestra capacidad de resolver complicados puzzles, junto a los cuales el ajedrez es apenas juego de niños.

Concurrar es someterse a un entrenamiento de alta competición.

Es el autor y el proyecto, a solas, a ver quién puede más.

Por eso ganar un concurso, si no va seguido del pánico, es una mala señal.

Saber a dónde se va es la mejor manera de no llegar nada más que allí a donde se iba y no descubrir nada por el camino.

Ya. Ahora cuéntale esto al promotor del concurso.

Contarlo... ¿a quién contar estas cosas? Como arquitectos tenemos que manejar constantemente un lenguaje escindido en múltiples personalidades. A cada cual hay que transmitirle en la frecuencia adecuada. Pero la íntima, la que recoge nuestras preocupaciones e ilusiones por un proyecto, ésa sólo la podemos reservar para unos pocos compañeros, ciertamente muy pocos.

No, mejor no se lo cuentes. Pon tu mejor sonrisa, agradécele haber tenido la oportunidad de concurrar (y esto que sea sincero, es importante que quien se la juega organizando algo inhabitual

al menos reciba una compensación moral) y hazle creer que todo está bajo control.

Pero recuerda siempre la contestación de Ayrton Senna a la ingenua pregunta de un periodista: "Si en carrera lo tienes todo bajo control, es que no vas al límite".

¿Que no tenemos las cosas bajo control? Por Dios, cuidado con quién nos oye pensar así, que si es el promotor saldrá corriendo... que no nos oiga el proyectmánayer contratado para contarle a aquél que está tan seguro de todo. Que no nos oiga el político acomplejado ni el prepotente, que no nos oiga el materialista que sólo quiere oír hablar de seguridades rebozadas en grisura.

Porque todas las seguridades en nuestro entorno obvian, por no ser conscientes (y mejor que así sea) de esa inseguridad íntima del único protagonista real, el único que no está poniendo sólo su tiempo, sino su alma.

Que no nos oigan expresar nuestras dudas ni nuestros miedos.

Pero temamos reverencialmente, como aconsejaba el Antiguo Testamento que había que temer los designios divinos: hemos creado un monstruo y ahora hay que domesticarlo o, al menos, impedir que nos devore.

Hemos ganado.

Bien. Hemos lanzado un órdago brutal, un farol monumental... y ha salido bien contra todo pronóstico. Ahora hay que sostenerlo y no banalizarlo en el complejo y largo proceso de domesticado.

Nos piden seguridad y saber muy bien lo que hay que hacer. Y sabiendo de entrada lo que hay que hacer, olvidamos la posibilidad de descubrir lo que nadie sabía que también se podía hacer. Estamos en ese juego. Clandestinamente, porque como se enteren, se nos acabó la partida.

Nos piden ser especialistas y contar todo lo que hemos hecho antes para asegurarse de que sabemos por qué camino transitamos.

Pero nada, en realidad, es hecho dos veces. Nunca haremos series, sino prototipos. Nunca ensamblamos las cosas de la misma manera. Siempre es posible, siempre es deseable, una variación, una modificación, una mejora.

Siempre estamos en el filo de la navaja, a punto de caer, a punto del desastre. Las cosas luego funcionan (o no). A veces no nos entienden (o sí). Y mientras, lo único que nos importaba quizá no lo entienda nadie: ese lugar donde no se debe colocar ningún mueble, ese paso que siempre debería permanecer abierto y que sistemáticamente nos cerrarán. Ese umbral, esa sombra frágil (lo peor de la arquitectura es lo frágil que es), esa tierra de nadie, que a ojos de otro siempre será

posible objeto de un aprovechamiento bastardo, mientras que a los nuestros es el lugar del ocio, el salón de pasos perdidos que desde su a-utilidad dignifica lo construido.

Crean que los arquitectos estamos para construir un espacio que rentabilizar o que usar. O para que no se caiga. O para decorarlo, en el peor de los casos.

Nunca entienden que no estamos para eso, sino para poner en cuestión cómo se vive, cómo nos relacionamos, cómo encontrar un orden que no es el de siempre. Que entrar de un modo o de otro puede significar asentar o criticar un modelo social. Que podemos ridiculizar la ostentación obscena del dinero. Que podemos provocar o impedir un cruce de miradas.

Y eso sólo con la arquitectura.

Nos quieren especialistas y a veces incluso creemos que lo somos. Pero somos antes que nada mercenarios y ludópatas a un tiempo. Acudimos donde está el riesgo. Y hoy jugamos a pensar una escuela, mañana un teatro, al otro unas viviendas y al siguiente una tienda. Especialistas en nada, creemos.

Y sin embargo...

Al concursar llevamos la partida al terreno de la incertidumbre, pero también de la libertad insospechada. Si todos los grandes novelistas nos hablan de lo inescrutable del destino de sus personajes, que se rebelan y revelan en medio de la partida, no menos nos ocurre a nosotros con nuestros pequeños artefactos vivos, indomables, imprevisibles.

Concurrar, en suma, no es sino hurtar seguridades y hozar el caos. Una muestra franca de confianza y una fe ciega en que habrá una salida al final del túnel.

A pesar del riesgo, a pesar del pánico, a pesar de la incertidumbre.

Pero que no se equivoquen, que no estamos pidiendo un juego particular para nuestro ocio, sino más bien nuestra correspondencia en una partida global que no es sino política.

Quien asume una responsabilidad asume a su vez un riesgo de similar calibre. Hay quien brinda con champán y otros a los que se les vislumbra la responsabilidad en su mirada apesadumbrada. De los primeros poco cabe fiarse (¿en beneficio de quién brindan?). De los segundos sabremos que podemos esperar algo, que quizá consigan reunir valor para lanzarse al vacío.

Del mismo modo, al reclamar concursos públicos, abiertos, inesperados, lo que hacemos es jugar una partida paralela: pedir, en justa correspondencia, a quien quiera apostar por un cambio, ser partícipes de ese proyecto desde nuestra perspectiva profesional, que no es que sea más importante que otras (o sí), sino que es la nuestra.

Y a quien no quiere el riesgo, tratar de convencerlo o, si acaso, sorprenderle lo extraordinario en el ropaje de las palabras ordinarias. Cuando se quieran dar cuenta, la obra estará hecha y quién sabe si ellos seguirán allí o no... porque la arquitectura, no como las personas, permanece.

En realidad, reclamamos poco pero mucho.

Oportunidades. Para dar respuestas y hacer muchas más nuevas preguntas.

Para demostrar que lo nuestro no es un negocio, sino una actividad profundamente intelectual, casi meramente teórica, porque todo lo demás se dará por añadidura y como necesidad.

Y detrás de todo, un enorme deseo de jugar.

No sabe quien no lo aprovecha lo que se pierde.

Y poco exigimos.

Ni siquiera exigimos. Deseamos.

En tres deseos está la raíz ética de todo concurso:

Queremos jugar a hacer preguntas que contesten a las preguntas que se nos hacen.

Queremos que se nos regale al menos la oportunidad de plantearlas.

Queremos poder contárselo a quien lo vaya a poder entender.

Nada más, pero nada menos.